

Miranda, el alter ego de Katherine Anne Porter

Beatriz Espejo

Ensayista, narradora, periodista, activista política, ganadora del Premio Pulitzer y del American Book Award, la norteamericana Katherine Anne Porter (1890-1980) supo explorar con profundidad y estilo temas como la muerte, la traición y el origen del Mal. Beatriz Espejo examina la obra de esta gran escritora texana, su relación con temas mexicanos y nos ofrece una puerta de acceso para la lectura de una autora imprescindible.

Cuando Katherine Anne Porter leía *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir anotó en los márgenes del libro las impresiones de una boda. Convirtió en concretas ideas abstractas y principios que darían cuerpo y voz a un movimiento feminista justo y necesario como el canon de la misa católica. Procesaba mentalmente conceptos filosóficos, los repensaba, y para ella fue algo natural relacionarlos con los actores y detalles principales de la ceremonia a la que había asistido y en la que observó al novio, el traje de la desposada, el padrino de ambos y una serie de niñas cargando canastas llenas de pétalos esparcidos como lluvia rosa. El ejemplar del libro exis-

te, junto con los apuntes que inspiró, entre otros papeles conservados en el fondo destinado a su obra; fondo que consultan los estudiosos. Se llama Katherine Porter Room y está en la Universidad de Maryland dentro de la Biblioteca Mc Keldin donde se encuentra también una serie de fotografías. Incluso muchas captadas por ella misma en México con una cámara que perteneció a su amiga Tina Modotti; además hay retratos suyos tomados por Henri Cartier-Bresson y otros de Georges Platt, medallas, reconocimientos, doctorados honoríficos de otras universidades, actas matrimoniales y el conjunto general de sus papeles; pero mencio-

nar esa boda y sus anotaciones al margen del volumen podría servir para señalar métodos al concebir sus obras. Era esencialmente una hacedora de cuentos que culminaron en su célebre novela *La nave de los locos*, traducida por algunos como *La nave del mal* atendiendo a simbologías medievales. Le valió su mayor éxito. Estuvo persiguiéndolo veintidós años en que trabajaba a intervalos. Las primeras críticas periodísticas fueron adversas, y sin embargo, triunfó definitivamente al sobrevenir la versión cinematográfica y las múltiples ediciones subsecuentes.

Mientras esto ocurría, Katherine se mantuvo casi sesenta años dando cursos, pergeñando reseñas, artículos políticos, páginas comerciales, corrigiendo textos ajenos y dictando conferencias como “Defensa de Circe” ante un grupo de oceanógrafos encantados de oírla conjugar ciencia marítima con la poesía de los mitos griegos. Aceptó una serie de empleos inexplicables. Fue actriz, maestra de baile, cantante de antiguas baladas escocesas. Por ello, cuando pudo, formó una pequeña fundación para ayudar a escritores serios que practicaran la literatura como arte y, a pesar de hacerlo, tomaran encargos para sostenerse. En un oscuro y difícil proceso escribía narraciones. Frente a ellas, todos sus demás esfuerzos, incluso algunos brillantes, pierden importancia y nunca le hubieran proporcionado el lugar que ocupa en la literatura universal, porque en vez de ser una mujer de ideas era una creadora que respondía a intuiciones y estímulos. En sus entrevistas aseguraba que fraguaba tramas mentales hasta sin saberlo.

Tenía un hambre insaciable de admiración y reconocimiento y no estaba muy segura respecto a su propio genio, aunque sabía crear atmósferas basándose en singularidades que cobraban importancia a la hora de plantear el desenlace y de que una parte fundamental de sus relatos salía en sucesivas ediciones. A manera de baraja, los

combinaba reuniendo unos y dejando fuera otros; pero seguramente por sus hondas raíces autobiográficas incluía siempre “Antigua condición mortal” y “El viejo orden”. Por fin, los *Cuentos reunidos de Katherine Anne Porter*; integrados al catálogo de Harcourt en 1965, reúnen todos los que hizo. En la presentación de esta edición dijo:

Despedirse es morir un poco, (en todos los idiomas que logro leer); sin embargo, mi adiós a estas historias resulta feliz, constituye una renovación de su vida dejarlas prolongar su tiempo bajo el sol, y eso es más de lo que cualquier artista espera.

Las consecuencias fueron el Premio Pulitzer y el National Book Award.

Según ella no se había propuesto una carrera literaria y paradójicamente fue obstinada y persistió, con intermedios y distracciones, hasta el 18 de septiembre de 1980, en que recibió dos días antes de su muerte los primeros ejemplares de su ensayo sobre Sacco y Vanzetti, *The Never-Ending Wrong*, dedicado a William Wilkins, su último secretario y amigo sentimental cuarenta años menor, quien gracias a sus conocimientos y paciencia la ayudó a continuar su carrera o al menos a mantenerse con la ilusión de hacerlo.

Katherine Anne leía mucho y procuraba estar al tanto de lo que publicaban sus contemporáneos; aunque aceptaba pocas influencias y negaba las que le atribuían, incluso las que citaba por haberlas encontrado en la biblioteca de su familia: Dickens, Scott, Thackeray, Milton, Pope, Dante, Shakespeare, el diccionario del doctor Johnson. En cambio se consideraba deudora de Laurence Sterne por *Tristram Shandy* y su virtuosa pericia para que el gran estilo pareciera algo tan sencillo como una copa de agua; además reafirmaba su inclinación por dos autoras alejadas de sus propias fórmulas, Charlotte Brontë y Virginia Woolf, con *Cumbres borrascosas* y *Al faro* respectivamente, novelas perfectas en su opinión y en la de innumerables lectores. Convencida de que el dominio de la técnica es indispensable para un profesional, admitía equilibrando la balanza que el don literario es una predestinación divina y quizás un talento heredado. Afirmaba que en su familia tenían grandes escritores de epístolas, lectores y narradores orales. En varias entrevistas lo sacaba a relucir en un plural, no mayestático sino abarcando una tribu. El “nosotros” abrazaba a una familia de la que formaba parte, de la que se sentía orgullosa y cuya historia había repetido en conversaciones íntimas y en algunas de sus composiciones. Decía que O. Henry (William Sidney Porter) era primo segundo de su padre y presumía a Horace Porter porque durante sus ocho años de embajador en París buscó los huesos de John Paul Jones, héroe de la



Katherine Anne Porter, 1930



Independencia Norteamericana, cuyas pesquisas le sirvieron para redactar un volumen curioso. La ampulosidad de Katherine en este sentido estaba ligada a su índole más entrañable, a pretensiones y frivolidades de las que nunca se desprendió, como si la sostuviera una eterna y burbujeante conciencia de singularidad, como si haber crecido en la pobreza y en un clan donde se hablaba de gloriosos tiempos idos, caballos briosos, algodonales, fincas y demás esplendores, la hubiera inclinado a las posesiones materiales y al boato. Eso explica su extravagancia al adquirir, tan pronto tuvo el dinero necesario, una soberbia esmeralda de veintidós quilates rodeada de brillantes. Lo había anhelado desde niña viendo las joyas de su tía Ione. Aparte, montó una casona llena de antigüedades en la que invirtió parte del éxito económico que le dio el cine.

Igual que otras literatas notables, igual que casi todos los seres humanos, tenía virtudes y contradicciones. Le costaba mucho permanecer tranquila, no conservaba relaciones profundas, salvo quizá con algunos parientes. Estaba atrapada en un patrón emocional que se repetía cada cinco años y culminaba en matrimonios, divorcios y entusiasmos con hombres que pasaban por su vida sin dejar huella, lo cual duró hasta un último idilio, al parecer platónico, con el abogado Barrett Prettyman que coleccionaba autógrafos de autores famosos y la ayudó a redactar sus disposiciones testamentarias mientras ella le mandaba cartas caligrafiando “con amor y ansiedad” antes de la firma. Incluso a los setenta y ocho años le escribió:

...Si te sientes inseguro, lo tomo a desdén porque dices que no distingo de otro a un hombre guapo apenas lo veo: para mí eres el más delicioso y atractivo que nunca he conocido y amo cada rasgo de tu rostro.

Creía que al enamorarse se experimentaba un estado de elevación espiritual. En consecuencia se vuelve más fácil cualquier tarea, incluso escribir. Con el mismo criterio tomaba decisiones para resolver momentáneamente una depresión arrastrada toda su vida como capote mojado, viajaba, cambiaba domicilio, dictaba conferencias cobrando tarifas irregulares, pues según el sapo era la pedrada, y solía conformarse con cincuenta dólares. Quería mucho a sus sobrinos, se empeñaba en inculcarles sus pasos y se enfurecía, por ejemplo, si a uno de ellos no le daban en la representación de su escuela el papel de Daniel Boone, el famoso colonizador del Oeste, empeñada en creerlo su antepasado a sabiendas de que no existían pruebas al respecto. Así estiraba las ramas de su árbol genealógico hasta George Washington y la sociedad de los Cincinatos. Y luego, con una sinceridad conmovedora olvidaba lo dicho y afirmaba que no tenía demasiadas ambiciones en ningún sentido.

La abuela que la crió ocupaba el sitio de honor en sus recuerdos. Sus cuentos varias veces giraron en torno a esta vieja matriarca, eje del grupo formado por caballeros de levitas y damas almidonadas. Y la abuela, con sus claros ojos hundidos en las cuencas de una calavera apenas revestida por restos de piel apergaminada y un

Creía que al enamorarse se experimentaba un estado de elevación espiritual. En consecuencia se vuelve más fácil cualquier tarea, incluso escribir.

cuello sostenido en un delgadísimo resorte, sobrevive en reotros documentos posando vestida con cofia negra, enlutada y ostentando su capacidad de mando, gracias a la certeza del deber cumplido sin experimentar dudas, porque se aferraba a la idea de que las normas establecidas le señalaban decisiones convenientes. Katherine dejó su versión de ese retrato al decir: “Debajo de aquel tocado, su anciano rostro pálido de rasgos firmes mostraba una calma majestuosa”. Apoyada en tales certidumbres tendía las líneas necesarias para pintarnos una personalidad apegada a costumbres constituidas y jamás quebrantadas, una firme voluntad capaz de establecer tres ranchos en tres estados de la Unión Americana: Texas, Louisiana, Kentucky. En conclusión, describía a una mujer de hierro que inspiraba en sus nietos emociones complejas. “La fuente” le permitió la confesión de sentimientos encontrados con una habilidad muy suya para mostrar las caras de una moneda. Dijo:

...era como la única realidad en un mundo que faltando ella les parecía desprovisto de orden y refugio, ya que su madre había muerto hacía ya tanto tiempo que sólo la mayor de las niñas la recordaba vagamente. Pero tenían también la sensación de que la anciana era tiránica y deseaban librarse de ella.

Se consideraba vivaracha, berrinchuda, ultrafemenina, preguntona, y redactaba estampas elaboradas con una prosa cuidada y eficaz. Afirmaba con profunda convicción: “hay que hablar sencillamente en un lenguaje que entienda un niño de seis años y que sin embargo conserve matices, implicaciones y atractivos para la inteligencia más elevada”. Aludía a su difunta madre, a su padre y hermanos, a su larga parentela. Se embarcaba en una ensoñación y reconstruía episodios de su niñez destinados a la página literaria. Redactaba relatos como “El circo”, donde en el primer párrafo, alzando la vista hacia unos tablones sostenidos por vigas transversales formando un óvalo, rindió su impresión de las imágenes que en las carpas fotografió su amiga Tina Modotti y que tanto gustaron a los poetas estridentistas. El circo que María Izquierdo pintaba con sus caballos y trapezistas en una fiesta colorida causó terror en una criatura intimidada por los payasos de cejas picudas cuya sonrisa fingida escondía la sordidez del mundo. La asustaron

los alambristas que emocionaban al público amenazando con estamparse sobre la pista. Y la niña que generalmente amaba las sedas y los anchos cinturones de satén abandonó el espectáculo a grito pelado, colgada del brazo de su criada negra Dicey, ostentosamente enojada por dejar tan magnífica diversión. Constituía una oportunidad irrepetible y recriminaba a su encomendada por tomar en serio las contorsiones de unos cuerpos equilibrando su peso desde el centro de la arena o por esquivar a los enanos de barbitas lanosas que miraban con ojos dorados y mansos. Sobre esta narración el mejor comentario que podría decirse es señalar el interés que tiene al profundizar en el abismo del alma infantil.

Sureña por tradición, Porter no condenaba la esclavitud, o al menos la entendía de modo peculiar, cosa que la obligó a dar explicaciones sobre algunos cuentos como “El testigo”. El personaje principal es un esclavo convertido en criado, lo mismo que multitud de servidores en el rancho de su abuela; sin embargo, tío Jimbilly no olvida los horrores del esclavismo, los azotes con correas de cuero sobre las espaldas de los rebeldes, el pellejo y la carne separados de los huesos. Katherine exponía hechos sin dar juicios. Quizás así manifestaba su opinión, pero jamás se hubiera imaginado que Obama llegaría a presidente de Estados Unidos y se preocupaba, más que por las injusticias cometidas contra una raza, por la verosimilitud de los diálogos a cargo de un viejo gastado y chocho. Sostuvo siempre que sus raíces familiares la acostumbraron a ver el asunto esclavista con naturalidad, parte del encantador ambiente en que se había criado y que le proporcionaba una veta invaluable de la cual extraía motivos de inspiración para señalar algunas actitudes de sus personajes. Incluso por referirse en la revista *Time* (28 de julio de 1961) a los maravillosos esclavos y compañeros, recibió una carta airada de Pauline Young, perteneciente a la Organización Nacional Pro Mejoras de la Gente de Color, señalándole que no se reconciliaban ambos términos; sin embargo, ella había mantenido el mismo punto de vista en “El viejo orden”. Sintetizaba la vida de su abuela en unas cuantas líneas y enfocaba sus lazos con Nannie, una negrita que le habían regalado como compañera de juegos. Ambas tuvieron una relación profunda y amamantaron a numerosos hijos. Se ligaron entre sí guardando las distancias consabidas y compartieron penas y alegrías. En la vejez dis-

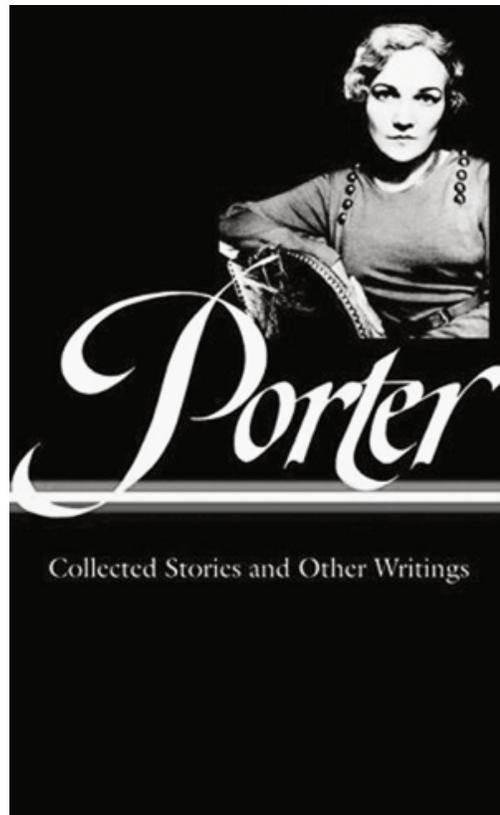
fructaron sus ocios dedicándose a la costura, una labor tradicional en esa parte del planeta. Cortaban trozos de tela con formas de triángulos, tiras y cuadros, para unirlos luego a pedazos de terciopelo o tafetán. La seda amarilla del forro constituía el final de una labor antes de guardarla en un baúl. Esa unión de parches convertidos en colchas o cojines era el pretexto cotidiano para invocar un pasado que hubiera sido amargo para las dos de no haberse tenido una a la otra. Indagaban las causas que habían regido el desarrollo de sus vidas sin revelarse ni esperar respuestas. Mientras sus manos ensartaban agujas y elegían materiales, reconstruían los momentos más sobresalientes relacionados con amigos y conocidos. Aceptaban la infancia como un periodo de preparación para la edad adulta en la que se habían dedicado, sin desviaciones de ningún tipo, a educar hijos o nietos o cualquier infante que hubiera quedado bajo su tutela. Como subtema, en ese texto de gran aliento por su extensión y sus propósitos, surge un esclavismo benévolo y atroz con negros tendidos bajo los árboles, jugando *seven up* y comiendo sandías durante el verano; con Nannie, que se somete sin chistar a la voluntad de su ama y la escucha reverente hasta el día en que cayó muerta pisando el umbral de una puerta cuando visitaba a su nuera.

Describía las historias entrelazadas desde la óptica de los hacendados sureños que perdieron tierras y liberaron por ley a sus trabajadores manteniéndolos cerca como analfabetos carentes de privilegios. Esta situación vuelve a manifestarse en “La última hoja”. Nannie, exhausta por haber asumido cargas cada vez más pesadas, solitaria, silenciosa y encorvada, se quejaba al anochecer pidiéndole a Dios el descanso eterno. Había obtenido una cabaña desocupada en la granja, allí fumaba una pipa de maíz y vendía sus costuras. De ser una esclava liberada pasó a ser una anciana bantú. Se mantenía sentada en los peldaños de la entrada para respirar tranquila rehusando unirse nuevamente al tío Jimbilly, su marido y padre de su prole por disposiciones de sus patrones. Y lo más curioso es que Katherine, una escritora tan capaz de ver sentimientos inesperados, se asombrara porque la anciana se dispusiera a pasar los últimos meses como se le diera la gana.

“La sepultura” se basa en un juego infantil compartido por su hermano Paul, cuando la supuesta riqueza familiar había desaparecido junto con algunas hectáreas vendidas por necesidad. Vestían percales e iban al cementerio familiar con tumbas excavadas y vacías como agujeros siniestros rodeados de rosales enmarañados y arbustos descuidados. Se metían dentro desmoronando la tierra con las manos para buscar tesoros. Katherine descubrió una paloma de plata que había sido cabeza de tornillo de algún ataúd; Paul, un anillito barato. Los rifles Winchester que desde temprana edad usaban para

cazar animales indefensos, reposaban cerca dispuestos a tomar su papel decisivo en la anécdota desenlazada con el asesinato de una liebre encinta. Los gazapitos cubiertos de sangre no lograron nacer y los hermanos guardaron por años un secreto vergonzoso que los alejaba y unía. Miranda lo recordó como una traición del pasado, cuando mucho después, en algún pueblo mexicano, un vendedor le puso enfrente su charola llena de masitas azucaradas con forma de pájaros, corderos y cerditos. De clara índole autobiográfica, “La sepultura” le sirvió para exorcizar esa experiencia.

Sostenía que para encontrar un estilo deben seguirse reglas inventadas sin imitar a nadie, porque las huellas digitales señalan el camino de una persona y no se parecen a las de ninguno. Estaba convencida de que sus contemporáneos eran —como ella misma lo era— individualistas discutidores, empeñados en seguir rutas trazadas en beneficio de su obra. Aseguraba que no se puede ser artista y trabajar colectivamente, que el creador enfrenta sus metas de manera individual. Afirmaba que nada carece de significado y que debía ofrecer su propia idea del mundo, pues en su opinión un buen cuento debe ofrecer al menos dos lecturas: la escrita en letras de molde y la que queda revoloteando en el espíritu de quienes lo leen; que los detalles mínimos y fugaces inadvertidos para el común de las mortales esconden





Katherine Anne Porter en su casa



sentidos ocultos que únicamente un artista logra rescatar. Buscaba pues sus estímulos, su universo creativo, a pesar de conceder mucho tiempo a sus amoríos, fiestas y viajes. Por todo eso no dio a prensa sus escritos iniciales ni procuró que circularan entre sus allegados, considerándolos carentes de valor, hasta que publicó su primer cuento. Después no cambiaba una palabra y se atenía a los elogios o al rechazo. Detestaba que la consideraran una estilista, a pesar de ser una de las más diestras. Argüía que el estilo es una emanación personal, cosa corroborada al analizar sus mejores páginas en que demuestra su notable capacidad y describe con sabiduría los muchos mundos que le pertenecían y recreaba. En su infancia y primera juventud encontró repetidas veces motivos de inspiración. “Antigua condición mortal” señala ya su incuestionable maestría. Dividido en pasajes que complementan entre sí varias visiones sobre una de tantas consejas familiares, cuenta primero, de 1885 a 1902, la breve historia de su tía Amy, una belleza caprichosa muy celebrada por sus contemporáneos, que casó con su eterno enamorado y primo segundo llamado Gabriel y murió misteriosamente a las seis semanas de la boda en la que no vistió de blanco. ¿Su icidio? ¿Tuberculosis? ¿Descuido? La pregunta queda en el viento donde se desbarata todo lo sólido. Nadie se ocupa de aclararla porque las cosas son más fáciles

cuando el tiempo las deshace lentamente y las disfraza de inocencia. Lo fundamental es tal vez el contrapeso de los silencios. Lo que expone y lo que calla consiguen la misma importancia, revelan un enigma y a la vez nuestra condición mortal inevitable; sin embargo, entonces, en los años que abarca, se entendía como regla de honor el cerrado panorama de las mujeres que debían casarse vírgenes o tomar un marido poco deseado cuando ellas ya no lo fueran tanto. Todo se insinúa con pinceladas tenues bajo la avidez de Miranda, que andaba por todos lados, acompañada de su hermana cómplice, tratando de entender cuanto la rodeaba, de interpretar lo que oía, de aprender patrones de belleza y conducta. Katherine permaneció fiel a esos primeros estímulos y pasó el resto de su existencia modificándolos en su fantasía, adaptándolos a sus necesidades estéticas, otorgándoles un aura, magnificando la riqueza e importancia familiares desaparecidas casi por completo antes de su nacimiento. Sus orígenes la marcaron, aunque a los dieciséis años se fugó para aceptar un matrimonio prematuro e inconveniente del que pudo zafarse pronto y al que no se refirió sino en “Antigua condición mortal”, porque trabajó ese cuento largo como una colcha en la que cada parche enfocaba a sus parientes y el forro de seda amarilla fue una revelación. Le permitió decir:

Sabía ahora por qué se había evadido hacia el matrimonio, y sabía además que iba a evadirse también del matrimonio, y que no iba a permanecer junto a nadie que fuese una amenaza de limitación para sus propios descubrimientos...

Los otros pasajes de este cuento ocurren en 1904 y 1912. El segundo tiene estructura circular. Miranda había cumplido doce años y, junto con su hermana María, salió de un colegio en Nueva Orleans para ir con su padre al hipódromo. Entonces conocieron al comentado tío Gabriel, un maltrecho jugador empedernido y borracho irredento, cuya apariencia rompe los esquemas románticos que se habían hecho. Gordo, con los cachetes colgantes, iba mal trajeado y tenía ojos vencidos y risa melancólica parecida a un lamento. Se había vuelto a casar. Añoraba a su esposa muerta, fabricaba la infelicidad constante de la viva, y el día del encuentro ganó de milagro una carrera que pagaba cien a uno las apuestas, gracias a las patas heroicas de una yegua que terminó con hemorragia nasal y el corazón a punto de estallarle. Prueba de que a Gabriel los premios gordos se le presentaban una sola vez y fugazmente.

En la tercera parte, Miranda había cumplido dieciocho años y recorrido los primeros escalones de su vida adulta, usaba argolla matrimonial y viajaba para asistir a las exequias del mismo tío que sería enterrado en Texas junto a su querida Amy, para rematar el episodio postrero de una infidelidad eterna a su segunda esposa. En el trayecto por tren Miranda encontró a la solterona prima Eva Parrington, cuya desventura fue tener dos enormes dientes frontales y una barbilla huidiza que intentaba contrarrestar convirtiéndose en maestra de latín y sufragista. Su apoyo al voto femenino le había valido cárceles y un resentimiento que brotaba a la menor provocación. Los comentarios revelan que Amy había desposado a Gabriel porque ya no era una señorita decente y para suicidarse se había bebido entero el frasco de la medicina que tomaba contra la tisis. Se establece así un juego de espejos y curiosamente todavía se dejan muchas interrogantes a cargo de los lectores. La figura de Eva es un estereotipo que al basarse en realidades de la época adquiere originalidad. Originales son también los símiles, eficaces los diálogos, preciso el lenguaje, atinada la síntesis con la cual Katherine Anne Porter plasma sus personajes que se mueven con desenvoltura y transitan frente a nosotros convertidos en figuras de carne y hueso. Encuentra la palabra exacta y se sirve de ella para el escueto trazo psicológico o la pintura de escenarios. Un par de agudas y bien pensadas frases señalan el traqueteo de los vagones, los rechinos de una tela, la humedad opresiva del pasillo, el diente mocho de una peineta en cuya cúspide tiembla una mariposa. El rechazo a su prima, vista con antipatía, no le impidió luego aseverar que la mente femenina y la masculina por lo

regular entienden las cosas de manera diferente, ni dolerse de que cuando criticaban sus desatinos la consideraran típicamente mujer, y al comentar sus aciertos dijieran que se parecía a los va rones. Lamentaba la educación dispersa que recibían las muchachas, la tendencia a mostrarse disponibles y prestar servicios cada vez que eran requeridas y atribuía al género que le había tocado en suerte el haberse llevado tantos años en terminar una obra extensa, refiriéndose a *La nave de los locos*. ¿Había ya leído entonces *El segundo sexo*?

Solía escribir de un tirón las primeras versiones de sus narraciones, esa sentada podía durar catorce días en el caso de “Antigua condición mort a l”; sin embargo, era imposible que se tratara de reglas matemáticas, algunos de sus relatos requirieron numerosos cambios y tardó en terminarlos dejándolos en un cajón antes de recuperarlos y someterlos a cambios importantes. Finalmente, su novela le impuso, de una vez por todas, fórmulas lentas de acuerdo con los requerimientos de un género literario muy diferente al cuentístico.

Pálido caballo, pálido jinete es la joya de tres novelas cortas que solían publicarse juntas. Escrito después de una catarsis, lo que los griegos nombran “día alumbrado”, descubre una relación ocurrida durante la Primera Guerra Mundial. A los veinticuatro años Miranda trabajaba como periodista haciendo la crónica teatral de un periódico de Denver. Desde hacía diez días estaba enamorada de un hombre sano que nunca había experimentado dolores físicos ni enfermedad alguna. Hermoso dentro de su uniforme hecho por un buen sastre, se acababa de enlistar en el ejército y disfrutaba las semanas de asueto antes de partir hacia el frente, bailando en clubes donde se escuchaba jazz y manteniendo un romance sin saber que la fortuna suele agazaparse para darnos sorpresas.

El texto empieza con una especie de vigilia parecida al delirio que Porter empleó en “Calabazas para la abuelita Wetherall”. El principio prefigura el fin; sin embargo, se desliza subrepticamente a la manera de una serpiente venenosa dejando signos de mal agüero escondidos en un encuentro dichoso. El título, parte de un espiritual que los negros cantaban en las plantaciones, habla de la muerte cortando cabezas con su filosa guadaña. Había una epidemia de influenza que, según rumores, llevó a Boston un barco alemán. Por las calles pasaban entierros. Miranda se sentía agotada pero intentaba sobreponerse a un profundo sopor ante la promesa de encontrarse con Adán y disfrutar las horas que a él le quedaban de permiso. El espejo le devolvía una apariencia ojerosa; sin embargo, acopiaba fuerzas y se presentaba en una redacción descrita como película de Hollywood con su temible jefe masticando puros a medio fumar, gritando a sus colaboradores, exigiendo mejores y más impactantes artículos. Junto a esto, surge el ambiente reinante



Katherine Anne Porter

encendido de patriotismo evidente en los teatros, los cafés, los Bonos Libertad comprados por múltiples ciudadanos, el racionamiento del azúcar y otros productos, las voluntarias de la Cruz Roja para repartir consuelos entre soldados heridos, yacentes en camas duras, con piernas sostenidas por poleas y brazos vendados. Miranda, que gracias a su enamoramiento caminaba por todas partes escondiendo sus grandes esfuerzos, cayó enferma de gravedad antes de entrar a un túnel negro. Adán la cuidaba, la asistía, la alimentaba con dulzura, y el resultado fue el contagio de la epidemia y la muerte prematura. Entonces, el entorno quedó sumido en ese silencio sin ecos que emerge de la tierra al terminar un amor.

Tuvo que pagar estas páginas al precio de una pena insuperable y quizá con una idealización que no le permitió ser feliz al lado de otros hombres. Años después dijo: “Siempre he vivido por la ley del milagro”. De esa relación partió tal vez su indomable apego a los galanes empeñada en hallar pareja. Y existen testimonios de que ya envejecida en las fiestas con jóvenes coqueteaba con ellos y los nombraba Adán como su protagonista.

Pálido caballo, pálido jinete se convirtió en el sólido escalón de un prestigio que había empezado con sus cuentos inspirados en México, un prestigio que consolidaron estudios hechos en distintas universidades. Sus métodos la obligaron repetidas veces a empezar sus cuentos por el remate, tal como lo demuestra el soberbio *Pálido caballo, pálido jinete*. No los iniciaba hasta saber cómo terminarían. De acuerdo con sus propias confesiones redactaba el último párrafo y regresaba al principio buscando su meta, confiándose en la iluminación divina porque el resto permanecía en regiones nebulosas. Anhelaba, claro, ese prodigio que ocurre cuando los cuentos se convierten en una especie de reconciliación con algo difícilmente explicable y profundamente sentido. Aseguraba que partía de experiencias reales, suyas o ajenas aprovechadas al vivirlas o escucharlas. Las semillas germinaban obligándola a dejar su sociabilidad irreductible, a cambiar vida por literatura, para dedicarse a escribirlas pasándolas de lo abstracto a la concreción de la frase. En *Pálido caballo, pálido jinete* desbrozó las ramas sueltas e innecesarias para entrar de lleno a la acción con un tono, una estructura, una galería de tipos perspicaces, una ambientación, símiles novedosos y, sobre todo, pudo comunicar la sorda tristeza que deja una pasión destruida por la muerte, una de esas paradojas de Dios apenas comprensibles para los hombres y mujeres que sufren las consecuencias, y que en este caso rompen una relación apenas comenzada.

Amiguera, buena anfitriona, capaz de agasajar a sus invitados incluso en la vejez con menús exquisitos complementados con frutos de horno hechos con sus recetas (ocho clases de bollos que al partirlos desprendían humillos olorosos a hierbas finas), Katherine jamás perteneció a grupos ni a capillas de ningún tipo, salvo quizás al empezar los años veinte en que la Revolución Mexicana cosechaba triunfos y prometía un renacimiento social y artístico en que participó junto con otros compañeros atraídos por el movimiento. Entonces su tierno y joven amante Miguel Covarrubias la caricaturizó con un sapito en la mano, arreglada a la última moda, inscrita en la vanguardia, el cabello corto ondulado y la naricita respingona.

Como su abuela, procuraba imponer su voluntad en cuantos la rodeaban. Cambiaba pretendientes, creía por un momento que había encontrado el amor eterno con el que sueñan las jovencitas. Iba a París seis meses para revisar su colección de ensayos titulada *The Days Before*, se complacía entonces al pasearse nuevamente por la orilla izquierda del Sena y recorrer la Bastilla. Su renovado entusiasmo le duraba poco, pero mejoraba su humor y mitigaba su ansiedad. Durante su magisterio en la Universidad de Michigan se desempeñaba sin seguir normas académicas. El director del departamento comentó incluso que había sido riesgoso aceptarla en el

cuerpo docente porque no era una *scholar* sino una escritora muy fina. Pero ella tomó el trabajo gracias a sus eternas dificultades económicas y a su tendencia al derroche. La docencia le propiciaba oportunidades de escaparse, evadir situaciones que por alguna causa se le volvían opresivas, amistad con sus discípulos. En la primavera de 1953 se instaló en una *suite* de Angell Hall. Allí, aburrida de las sosas cafeterías disponibles y fiel a su prestigio de excelente cocinera, preparaba en la estufa carnes sazonadas con cebollas y especias, cuyos olores flotaban por los pasillos hasta llegar a los salones donde impartían cursos otros maestros que levantaron sus quejas; pero ella ejercía sin inmutarse sus dotes de actriz e impartía clases como representaciones teatrales. Encontraba recompensas en el cariño de sus alumnos por quienes se preocupaba maternalmente.

Sus rutinas eran bastante comunes. Se levantaba a las cinco de la mañana con buen ánimo, tomaba café negro y retomaba el párrafo inconcluso de la jornada anterior en tanto no había ruidos y su espíritu mantenía la ebullición necesaria para desenrollar el hilo mientras se agotaba la madeja diaria. En una buena parte de su literatura pervive la idea de un orden universal patente al contemplar las constelaciones y estrellas iluminando la bóveda celeste. Sin embargo, cada quien adopta actitudes distintas, afirma sus derechos y comete errores al interpretar los motivos que guían a los demás e incluso a sí mismos. Esta parábola, analogía o como quiera llamarsele, surge claramente en *La nave de los locos*, en *Pálido caballo*, *pálido jinete* y en otros momentos de su obra en que después de todo cada uno llega solo a su destino.

Se le sitúa entre los escritores pertenecientes al sur profundo de los Estados Unidos, gracias por ejemplo a “Vino de medio día” o “Él”, cargados de prejuicios absurdos. Plantean las necesidades de las granjas, sus tareas cotidianas, y las reacciones de los granjeros que Katherine conocía a las mil maravillas por sus primeros aprendizajes en la propiedad de su abuela. Sus diálogos escuetos y eficaces y la morosidad que tensa la acción hasta llegar al clímax la hermanan con William Faulkner y hasta con Truman Capote, a quien calificaba de arribista mientras él la consideraba banal no sólo por comportarse como si interpretara *Lo que el viento se llevó* sino porque en su ensayo titulado “Retrato del viejo sur” describió idealizado el matrimonio de su abuela en Kentucky con un lujo traducido a inmensos y pequeños ramos de flores, charolas de plata, candelabros de cristal con cincuenta velas prendidas y múltiples sutilezas por el estilo. Ciertos o no, ese tipo de detalles la engolosinaban y formaron parte de su personalidad incluso artística. Una personalidad que no cambió ni con sus noventa años auestas, porque una de sus premisas era decir: no hay que abandonar la fiesta hasta que la fiesta se termine. Con su capital mermado debido a sus dispendios,

rodeada de enfermeras, en olor de celebridad, llena de visitas y curiosos admitidos sin complicaciones para contarles intimidades y darles regalos costosos, sin embargo, como todos, llegó sola a su destino. Una parte sustancial de sus anécdotas pasó trasmutada a su mejor literatura. Y cuando las sombras empezaron a cubrirla, su memoria le trajo a manera de breves relámpagos los capítulos más intensos de su intensa vida, los rostros amados, las cenas y comidas en que descollaban sus excepcionales virtudes culinarias; el aroma y gusto de los vinos que cataba haciendo chasquear la lengua; las ceremonias en las cuales recibió doctorados *Honoris Causa*, aunque jamás asistió a una universidad salvo para enseñar su arte; la visita a su madre en Indian Creek donde ella había nacido el 15 de mayo de 1890 bajo el signo de Tauro; la terrible noche en que acompañada por otros colegas esperó a las puertas de la cárcel la ejecución de Sacco y Vanzetti y vio apagarse la luz de la torre; sus varios matrimonios fallidos; sus paseos con Felipe Carrillo Puerto por los alrededores de Chapultepec; la imagen de Adán oliendo a jabón y esperándola en un café mientras ella terminaba su crónica teatral; sus incontables enredos de mujer eternamente juvenil e invencible que con la calidad de sus escritos escaló hasta el reino de los clásicos. O tal vez no recordó nada y calladamente se entregó al sueño. **U**

